



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

EL SITIO DE PUEBLA

INTRODUCCION

Cuanto la razón humana puede concebir de mas triste y sombrío, de mas degradante para una nacion en que el crimen usurpa el asiento de la justicia, tanto ha pasado á nuestra vista desde el momento en que se entronizara el partido de la reforma, cuyos excesos contra nacionales y extranjeros llamaron sériamente la atención de Europa y del mundo entero, como en otros siglos la llamaron aquellas catástrofes sociales de que nos habla la historia.

No se crea que voy á entrar en la narracion de los multiplicados y enojosos acontecimientos que se han sucedido en nuestra patria, y especialmente en el Estado de Puebla, desde el dia en que los reformistas supieron con tristeza que una intervencion estrangera debia poner coto á sus desmanes. Mucho ménos pretendo consignar aquí mi juicio acerca de la triple alianza formada por los gobiernos que sintieron la necesidad imperiosa de intervenir en los negocios de México, para darles un arreglo definitivo. Nosotros la hemos visto tan unida y fuerte como aparecia, tan justa en sus pretensiones y tan fecunda en bienes, segun creian hombres eminentemente celosos del porvenir del pais, la hemos visto disolverse con la misma facilidad que el viento deshace una columna de humo.

¿Cómo fué en efecto que aquel triple ejército á quien las naciones mas poderosas de la tierra encomendaron nuestra suerte, dejó de llevar á cabo un plan sábiamente dirigido hasta entonces? ¿Por qué sucedió esta desgracia que todos lamentaron y que á vista de todos acaeció al terminar el año de 1861? Este examen corresponde al historiador.

A nosotros nos basta saber que hubo un día en que la Inglaterra y la España, mejor diré, sus representantes guiados por miras que no me atrevo á calificar, se separaron de la Francia, precisamente cuando unidas esas tres formidables potencias debieran dar principio á la realizacion de un gran pensamiento político.

¿Y qué hace entonces el magnánimo Napoleon III, encargado por la Providencia de poner término á nuestros males con su poderosa protección? ¿Qué hace el ilustre Emperador al verse abandonado de sus aliados en una empresa de la cual se hallaban en espectación los pueblos del viejo mundo y del nuevo continente? ¿Retrocederá también, dándose por satisfecho con las vanas promesas y sofisticas razones del pretendido gobierno, cuyos escándalos se pactó destruir en la convencion de Londres?

Habíanse reembarcado ya ingleses y españoles; los demagogos de México se mostraban ufanos, incensando al diplomático Doblado: mas la Francia no habia retirado su pequeño ejército y con él se presentó el caudillo Lorencez delante de los muros de Puebla, para hacer la gloria exclusivamente suya.

Era el 5 de Mayo de 1862, cuando con su denuedo sin límites, aquel puñado de valientes asaltó la fortaleza de Guadalupe recientemente construida por el ejército liberal, á cuyo frente se hallaba entonces D. Ignacio Zaragoza. Frustradas las miras del general frances, por haber entorpecido en gran parte sus combinaciones los manejos inoportunos de algunos gefes reaccionarios que especionaban al Sur de Puebla, forzoso fué abandonar aquella empresa y el caudillo determinó hacer la mas honrosa retirada. Contra las esperanzas de todos los mexicanos honrados y oprimidos por una faccion asoladora, no llegó á verse flamear en Puebla la bandera de la Francia, la precursora de la civilizacion, enviada á México para proteger la causa del orden y de la humanidad.

Atronaba los aires una tremenda grita levantada por los periodistas en virtud de aquel memorable acontecimiento: los corifeos de la demagogia habian agotado ya los encomios á la que ellos llamaban heróica defensa del 5 de Mayo, y no encontraban palabras bastantemente ofensivas para calificar á los franceses y á los mexicanos que apoyaban la obra de regeneracion. El reducido ejército se volvía tranquilo á sus posiciones de Orizaba, sin que Za-

ragoza se atreviese a seguirlo; y es fuerza no olvidar que los franceses permanecieron cuatro días á la vista de una muchedumbre triunfante. En cambio nuestros padecimientos llegaron á su colmo, la tiranía se desbordó como un torrente y con la supuesta traicion creían los reformistas, hallarse autorizados para todo. Diez meses transcurrieron así: período sobre manera aciago que jamas podrá borrarse de la memoria de los mexicanos.

¿Cuándo llegará á Puebla el ejército que debe romper nuestras cadenas? ¿Cuándo lucirá el día de nuestra paz, del reinado de la justicia y del orden. Así clamaban todos los verdaderos amantes de México, al saber el desembarque de una legion considerable de franceses, que en su marcha fué detenida por insuperables obstáculos.

Finalmente sonó la hora fijada por la Providencia después de tantos temores é inquietudes, tantas vejaciones y sufrimientos, el general Forey, el héroe de Montebello, á cuyo valor y profundos conocimientos confió el emperador la gloriosa empresa, dió la orden de marcha á las huestes que vencedoras allá en la Crimea y en la risueña Italia, vinieron en pos de nuevos laureles al mundo de Cristóbal Colón. Mexicanos distinguidos en esa lucha que los principios del orden han sostenido contra la demagogia; mexicanos que con la paciencia y abnegacion de los héroes no han cesado un punto de combatir por las creencias religiosas y el esterminio de los malvados: ilustres militares, en fin, como Almonte y Márquez, Woll y Taboada, Vicario²⁶⁶ y el vencedor de Tasco, al frente de aguerridas tropas, uniéronse á aquellos leones europeos y todos formaron una temible falange que desde entonces llevó el nombre de franco-mexicana.

Acá los aguardaba un gran ejército tambien, el ejército que la faccion juarista apellidó de Oriente. Componíase de hombres traídos de todos los puntos de la nacion, á quienes torpemente alucinaron ambiciosos revolucionarios que se dieron el título de gefes. Arrancando del hogar doméstico, de los pacíficos talleres y de las labores del campo á esa clase desvalida y miserable que empuñaba

²⁶⁶ Adrián Woll (Saint-Germán, París, 1795 Montaubán, Francia 1875). General del ejército mexicano, desde 1853. Antonio Taboada (San Miguel Allende 1833-París, 15 de abril de 1871, durante la insurrección de los obreros). Juan Vicario (Huitzoco. Guerrero, 1817-1880).

aquí las armas, se la hizo creer en una guerra nacional, en una conquista.

Tiempo hacía que esta masa de gentes sin disciplina, se hallaba diseminada en varios puntos al Oriente de Puebla, con grave detrimento de los propietarios, de las familias y de los pueblos. La prolongada demora de los franceses infundía aliento á D. Jesus G. Ortega para hacer que su tropa merodease á alguna distancia de la plaza que se fijó como teatro de la guerra: los recuerdos no obstante de Barranca-seca y el Borrego impedían alejarse mucho del centro. A fines de Febrero del presente año hallábanse concluidas las fortificaciones de la capital, merced á los trabajos forzados de millares de indígenas y de las abusivas exacciones; por espacio de algunos meses se habían hecho grandes acopios de municiones de boca y guerra, que llenaban conventos y aún templos espaciosos; en todas partes se reclutaba gente para traer al sacrificio, y por último, en esos mismos días se concentró en la plaza González Ortega con su ejército.

Bien pronto va a escucharse la señal del combate: un cerco terrible se prepara, el período crítico empieza. Horrores inauditos, incalculables pérdidas, la desolacion, el hambre, la muerte, acciones de barbarie y de glorioso heroísmo, todo esto tenemos que presenciar.

En todas las épocas que de revoluciones se registran en nuestra historia moderna, pocas guerras ofrecen tan elevado interes como las que ha sufrido la capital de Puebla; pues como observó juiciosamente uno de nuestros antiguos generales: (*) "este Estado por su situacion topográfica y su importancia real, ha ejercido y ejercerá siempre una influencia decisiva en la suerte de la nación". Nada tiene pues de estraño el que durante los sitios mas ó menos prolongados que ha mantenido esta ciudad, las miradas de todos los mexicanos hayan estado fijas en ella, esperando un desenlace que sirviese de norte á las aspiraciones y movimientos de los partidos. ¿Quién no se acuerda de las campañas de Santa Anna, de Haro y el mártir Orihuela? ²⁶⁷ Esta sencilla cuanto exacta observacion, bastará por sí sola para explicar la general ansiedad que nos

* D. Manuel Gomez Pedraza. Manifiesto á la nación mexicana publicado en Nueva York.

²⁶⁷ Joaquín Orihuela (México-1816-Fusilado en San Andrés Chalicomula, en 10 de diciembre de 1856).

agitaba, é iba en aumento á medida que se consideraban las colosales proporciones de la contienda que nos ocupa y sus próximos resultados.

M A R Z O

Día 1o. Eran tantas las ocasiones que se habia hecho circular el rumor de que el ejército franco-mexicano emprendia hácia Puebla su ansiado movimiento, que ya causaba cierta desesperacion el escuchar todos los comentarios, que acerca de esto diariamente se multiplicaban. El mismo gobierno de los demagogos, apoyándose en los falsos partes de Carbajal,²⁶⁸ que se hallaba con su caballeria en observación, tenia las ideas mas inexactas respecto á lo que tanto le interesaba conocer. Mas de improviso súpose que de Quecholac, pueblo á donde el general Forey habia llegado algunos dias ántes y que se consideraba como el centro de los abastecimientos, los franceses se encaminaban á Acatzingo y que dicho general habia dado sus órdenes para que todas las divisiones salidas de Orizaba, emprendiesen su marcha definitiva; y hé aquí que una grande alarma se comenzó á notar en los habitantes de la ciudad. Natural era que con la procsimidad de su caida los sectarios de la reforma adoptasen las medidas mas inicuas en odio de las gentes honradas que secretamente suspiraban por el dia de la verdadera libertad.

D. Benito Juarez, ya con el objeto de alentar á las tropas con su presencia, ya con el de cerciorarse por sus propios ojos de los elementos de vida con que contaba su llamado gobierno, ó bien para determinar de cerca algunos puntos importantes á la guerra, llegó á Puebla en la tarde del dia anterior, acompañado de su ministro de relaciones D. Juan Antonio de la Fuente. Los hombres que se decian sus adeptos, trataron de hacerles un recibimiento fastuoso: en el palacio usurpado á la primera autoridad eclesiástica, hubo felicitaciones y alboroto: el pueblo llevado de su curiosidad presenciaba en silencio estas escenas.

Al rayar la aurora del día en que comienzo estos apun-

²⁶⁸ Antonio Carbajal († en 11 de junio de 1872). General de Brigada.

tes, se ha tocado la diana en todos los cuarteles é izado el pabellon en los edificios públicos y fortalezas de la plaza, segun lo prevenido en la órden general de hoy. En tres intervalos regularizados de las 6 á las 7 de la mañana se han dado los toques de generala, y al concluir el último, las tropas juaristas saliendo de sus cuarteles se encaminaron á los diversos puntos que debian ocupar por divisiones. A las diez reuniéronse éstas y desfilaron en columnas de honor frente al palacio municipal, atravesando por las calles del Hospicio, Miradores, Cholula, la Santísima, la plaza de Armas y la Compañía; dirigiéndose luego por las de Chavarría, costado de San Pedro, 2a. de Mercaderes, Santa Clara y Santa Teresa, de cuyo punto se retiraron á los lugares de su procedencia. Acompañaban á aquella columna varias músicas guerreras dignas de estimular un regocijo de mejor causa.

D. Benito Juarez contemplaba gozoso desde el balcon principal del referido Palacio todos aquellos batallones, cuya sangre, decian, iba á derramarse por la patria. Hallábase la tropa tan acostumbrada á la miseria que cuando por una órden espresa de Juarez se le dió hoy una paga extraordinaria de su haber económico, esta accion se tuvo por una generosidad sin ejemplo: ademas, al desfilar la columna, Juarez arrebatado de entusiasmo ha dirigido una arenga á los soldados. ¿Para que querian mas estos infelices?

Día 29. A la terrible funcion de armas que acababa de tener lugar sucedió una calma realmente pavorosa; cualquiera que aprovechándose de esta se encaminaba á un punto cercano del que habia sido momentos ántes el teatro del combate, no podia ménos que sentir oprimido el corazon y volver atras derramando tal vez algunas lágrimas. Aquel campo regado de cadáveres, muchos de ellos medio ocultos entre las ruinas, aquellos edificios demolidos especialmente San Javier,²⁹⁹ cuyas piedras aun se veian humeantes, las huellas trazadas con sangre fresca todavía y la multitud de heridos que al pasar por las calles las

²⁹⁹ Colegio del siglo XVIII en la ciudad de Puebla, en principio, a cargo de jesuitas. La iglesia estuvo dedicada al culto de San Javier. Propiedad del Estado desde 1833. Después de la destrucción del sitio de 1863, fue reconstruido a partir de 1867, e inaugurado como Penitenciaría del Estado en 1891. Véase, doctor Hugo Leicht, *Las Calles de Puebla*, Puebla, 1934, pp. 27-29.

llenaban de lamentos desgarradores, todo infundía la mayor consternación.

Muchas gentes, y entre ellas los mismos juaristas, llegaron á creer que durante aquel intervalo de sosiego, los franceses estaban combinando un segundo empuje que diera por resultado penetrar hasta la plaza: varios generales, montados ya, se disponían sin duda para emprender una retirada que todos calculaban sería hácia los cerros de Loreto y Guadalupe: mas la actitud que guardaron todo el día los asaltantes de San Javier, tranquilizó un poco á los juaristas. Estos, infatigables como lo han sido siempre, determinaron entonces impedir el avance de los franceses y comenzaron á construir una trinchera en la calle del Hospicio, á tiempo que en la torre de la Catedral ponían señales de aviso, para que Comonfort acudiese á su socorro. Pero Comonfort se acercó tan solo hasta un punto situado á la derecha del camino de México, hizo con sus tropas algunas evoluciones y juzgó prudente retirarse; de manera que cuando en la tarde de este día intentaron los sitiados hacer una salida por el Norte de Puebla, léjos de contar con el apoyo de las fuerzas del centro, se encontraron con las del general Márquez y los destacamentos de uno y otro lado del camino de San Pablo del Monte, que dirigiendo algunos tiros á las columnas juaristas las hicieron contra marchar.

No quedaba pues recurso alguno: desesperados los llamados patriotas no omitieron medio para seguir resistiendo los ataques ulteriores. Los generales mas fecundos en ideas de esterminio y devastacion propusieron una muy digna de la reforma: arrancar los techos y puertas de las casas situadas al Poniente de la ciudad, llenar las habitaciones de escombros y practicar en las paredes horadaciones que servirían unas para troneras y otras para el tránsito. Tal proposicion fué acogida con entusiasmo y los que se decían partidarios de la civilizacion, dieron principio á aquella obra de barbarie. Desde luego dictóse una orden sultánica para que en un término demasiado perentorio las familias todas que habitaban aquellas casas las dejaran en poder de la soldadesca desenfrenada. Entonces comenzaron esas oprobiosas escenas que caracterizan á la demagogia, esos actos del vandalismo autorizado por el torpe abuso de sagradas palabras. "La patria, la libertad se hallan en peligro, decían aquellos hombres, es preciso que

el invasor, y los traidores no encuentren á su paso mas que escombros y desolacion." Y la turba de bandoleros, instigada de esta suerte, penetraba en los hogares donde los vecinos habian abandonado sus muebles, sus alhajas, su fortuna tal vez, y arrebatándolo todo, salian á vender públicamente innumerables objetos por precios sobre manera viles. En este pillaje tomaban parte también esas malhadadas mugeres á quienes nunca se ha podido separar de las tropas mexicanas, y que cual si fuesen aves de rapiña, se lanzan hasta sobre los cadáveres y los despojan en los campos de batalla.

A B R I L

Día 26. Desde la tarde del dia anterior reinaba en la ciudad lúgubre calma, de que se aprovecharon los gefes juaristas para dar al pueblo un espectáculo indigno aun de las tribus mas salvajes de la tierra. En todas las naciones desde la mas remota antigüedad hasta nuestros días, el respeto á los muertos ha sido siempre uno de los deberes mas sagrados impuestos por la religión. Fácil me seria, si cumpliera á mi propósito, aducir multitud de ejemplos en apoyo de esa verdad histórica universalmente reconocida.

Reservado estaba á nuestro desquiciado país el ver la escandalosa violacion de aquella máxima, hecha por mexicanos impropriamente llamados con este nombre. Forzoso es que no solo nuestros compatriotas, sino tambien la Europa y el mundo entero, conozcan á esos demagogos que, con el corazon cerrado á todo sentimiento de humanidad, cometian actos cuya calificacion no se halla en ninguna lengua. Forzoso es, vuelvo á decir, que los extranjeros sepan que si en México se han visto escenas de la barbarie mas espantosa, no es al pueblo mexicano a quien deben atribuirse, sino á un puñado de frenéticos reformadores.

Por disposicion de los gefes del ejército de Oriente, los cadáveres de mas de 60 Zuavos fueron traídos de San Inés,²⁷⁰ y en lugar de darles debida sepultura, como lo

²⁷⁰ Santa Inés, Iglesia y convento del siglo XVII. La fortificación de sus edificios durante el sitio de los franceses hizo posible la

aconsejaban la religion, la moral pública y las mismas leyes de la guerra, despues de permitir á la tropa que los despojase de sus vestidos, los pusieron á la espectacion de todo un pueblo, bajo el portal llamado de las Flores, precisamente en el centro de la ciudad.

La indignacion mas justa se apoderó del pecho de las personas sensatas, que, testigos de aquella infamia, aun no pasaban á creer semejante degradacion.

Y lo que mas ira causaba era ver que un sinnúmero de oficiales demagogos se acercában a los cadáveres sangrientos y delante de ellos veian procaces chistes y groseros insultos, en tanto que algunas mujeres sin pudor se detenian á contemplar los cuerpos casi desnudos de los franceses. . . ¡Horrible profanacion! ¡Apenas puede creerse que á tal extremo de impiedad llegaron los partidarios de D. Benito Juarez!

Por todo el dia duró aquel espectáculo, hasta que al fin calmado el feroz encono de los demagogos, y temiendo por otra parte que la putrefaccion de los cadáveres ocasionara peste, mandaron que se les enterrase.

MES DE MAYO

Día 16. Muy cerca del medio día, el general D. José Maria Gonzalez Mendoza ²⁷¹ salio de la plaza y se encaminó al cuartel general frances en calidad de parlamentario. Presentado ante el Sr. Forey, le mostró los poderes que tenia para tratar de un armisticio y proponer verbalmente las bases de una capitulacion. El general Forey rehusó abiertamente suspender las hostilidades y manifestó que cualquiera que fuese el tratado que pretendian celebrar los juaristas, se discutiría sin interrumpir el combate. El parlamentario habló enseguida de la capitulacion y propuso al gefe frances que dejase salir de la plaza á la

resistencia de las tropas al mando del general Miguel Auza (1822-1892) Abogado, gobernador de Zacatecas, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia; bajo cuyo mando estuvo el fuerte Morelos. Véase Leicht. Ob. cit., pp. 25 y 344-5.

²⁷¹ José María González de Mendoza (Puebla, 1809-1875) General de Brigada. Gobernador del Estado de Puebla. Véase Leich. Ob. cit., pp. 237-8.

guarnicion con armas, bagajes y una parte de su artillería de campaña, dejando al ejército de Oriente que se retirase á México. Era todo punto imposible que el general Forey accediese á tan estrañas pretensiones: bien se dejaba ver que el pensamiento de los llamados liberales no era otro que ir á continuar la guerra en otra parte, prolongando así las miserias y desgracias del país. El general Forey contestó que lo único que podia hacer en favor de la guarnicion sitiada era permitirle que saliese con los honores de la guerra, y que desfilando luego ante el ejército frances, depusiese las armas y se constituyese prisionera. Despues de una larga conversacion sobre la situacion de México, el general Forey despidió al parlamentario, recomendándole dijese á Gonzalez Ortega que enviara proposiciones escritas.

El general Mendoza volvió á la plaza á las cinco de la tarde: los juaristas lo aguardaban con inexplicable inquietud, y en el momento que llegó fué convocada una junta de generales, que á las oraciones de la noche se halló reunida, con el objeto de discutir el medio que debia adoptarse, supuesta la disposicion en que se encontraba el general en gefe del ejército sitiador. Despues de dos horas de un debate acalorado, la junta se disolvió sin haber acordado la resolucion que exigia la gravedad de las circunstancias. A las diez de la noche volvió a reunirse, y en ella hubo todavia quienes insistieran en llevar a cabo el proyecto de romper por la fuerza el cerco á todo trance: mas considerando atentamente las grandes dificultades que para ello se presentaban y el desastroso fin que tendrian tantos sacrificios, la mayor parte de los gefes de Oriente convino en rendirse á discrecion.

En el mismo instante mandó González Ortega que su ejército se disolviera, inutilizando ántes el armamento y todas las municiones de guerra que le quedaban. Después de media noche, estrañas y fuertes detonaciones, rumores siniestros, precipitado rodar de carros y choques violentos de unos cuerpos con otros, turbaron el sueño de los habitantes de Puebla, quienes, llenos de angustia, procuraron averiguar la causa de aquel temeroso estruendo y supieron que era el desenlace de la guerra y el fin de la opresora demagogia. El terror mas profundo se apoderó de todas las familias, que desde el interior de sus casas escuchaban el vocerío de una muchedumbre desenfrenada

que corría en todas direcciones, despojándose del uniforme militar, rompiendo los fusiles, espadas y bayonetas, clavando las piezas de artillería y poniendo fuego en los principales depósitos de parque. ¡Qué escena tan espantosa la de esa sombría noche! Por momentos se esperaba que á favor de las tinieblas, incitados por el hambre y el instinto del robo y alentados por la licencia que acababa de darles Gonzalez Ortega, los soldados del deshecho ejército de Oriente se entregasen al saqueo mas escandaloso y aun al incendio, el asesinato y las venganzas de todo género. ¿Quién podría castigar á los culpables si tales crímenes se hubieran perpetrado en toda la ciudad, como en algunas casas comenzaron a cometerse? ¿Quién hubiera impedido en aquella lúgubre noche el que las partidas de rabiosos demagogos arrebatasen la fortuna de los hombres honrados, ultrajasen el pudor de las vírgenes y concluyesen con la existencia de los que trataran de oponerse inútilmente á los atentados del vandalismo? Solo la Providencia divina nos salvó en aquel conflicto, y mirando nuestras amarguras y abandono, tuvo compasion de nosotros y extendió su diestra para defendernos: solo ella puso miedo en el corazón de los soldados, quienes, deseando por otra parte salir de la triste situación en que se hallaban, próximos á perecer de hambre y sugetos á otras mil penalidades, no tuvieron tiempo de pensar en los excesos que G. Ortega les daba ocasion de cometer, y solo se ocupaban de despojarse del traje militar, y alejarse entre la confusion y el desórden, del teatro de los sucesos.

De propósito he insistido en estos pormenores y en la consideracion de los gravísimos peligros á que quedó expuesta esta poblacion con la última medida de los juaristas, porque algunos se han empeñado en hacer creer, que el modo con que Gonzalez Ortega terminó la contienda de Puebla, fué altamente glorioso y digno de un general, cuyo nombre debe conservar la historia. Entre los que así opinan, se encuentran no pocos europeos, á juzgar por algunos conceptos que veo estampados en los diarios; mas con permiso de tan respetables escritores, consignaré aquí mi pobre juicio acerca de la cuestión que nos ocupa.

Ante todo debo advertir que la persona á quien D. Benito Juarez confió el mando del ejército de Oriente, despues de la muerte de D. Ignacio Zaragoza, no solo era un general de revolucion, un gefe de circunstancias, incensado

néciamente por un partido que dispensaba su protección á la escoria de la sociedad; sino un hombre enteramente desprovisto aun de aquellas dotes que se veían en algunos de sus correligionarios. Hubo un tiempo en que éstos, en medio del delirio que les ocasionó el triunfo alcanzado sobre el ejército del general Miramón por las tropas constitucionales, apellidaron á Gonzalez Ortega el héroe de Calpulalpam, atribuyéndole una victoria que estuvo muy lejos de alcanzar, supuesto que no á él, sino á las disposiciones tomadas por otros cabecillas, se debió aquel golpe funesto. Funesto si, para los buenos mexicanos, que desde entonces vieron casi aniquilado el partido del orden, y entronizado el de la demagogia, cuya bandera representaba la ruina de todos los elementos sociales.

El héroe de Calpulalpam seguía entretanto recibiendo en México las mas viles adulaciones; la imprenta no cesaba un instante de encomiar el valor los claros talentos y acendrado patriotismo del popular y demócrata Gonzalez Ortega, y de este modo, un hombre nulo en todas materias, se vió elevado á la cumbre del favor y aun llegó á colocarse en el primer asiento de la suprema corte de justicia!... él, cuyos antecedentes... mas yo me alejo demasiado de mi asunto.

Trascurrido algun tiempo, y cuando ya los excesos del gobierno de Juarez iban á ser castigados por la Francia, no habia quien se acordara del héroe de Calpulalpam, su época de gloria habia pasado: al frente de las fuerzas, que combatir debían con el ejército franco-mexicano, se hallaba otro general tambien hechura de la revolucion, pero superior en todo á D. Jesus Gonzalez Ortega. Este vió sin duda con júbilo la desaparición de un rival que, sucumbiendo en Puebla, dejaba el campo libre á las aspiraciones de otros reformistas y llamados patriotas, entre los cuales no dudaba Gonzalez Ortega obtener la preferencia. En efecto, D. Benito Juarez tendió la vista en rededor de sí, y no encontrando sugeto que á su entender fuese mas digno de desempeñar el mando en jefe del ejército de Oriente, volvió a poner en escena al héroe de Calpulalpam.

Sabidas son las vergonzosas derrotas de Barranca Seca y el Borrego; en este último punto González Ortega fué destrozado, y para disculparle de una impericia que no tenía límites, dijeron los demagogos que tanto él como sus soldados se encontraban dormidos en el momento que los

franceses los atacaron. Si esto es honroso y digno de un general en jefe, bórrese del diccionario de la lengua la palabra ridículo.

Ahora bien, en la defensa de Puebla y modo de terminar el sitio, Gonzalez Ortega lejos de portarse como un héroe, se hizo despreciable aun á los ojos de los mismos que lo rodeaban. Durante el asedio, cuya vigorosa resistencia debióse principalmente á gefes que habian pertenecido al ejército como Mendoza, Negrete, Prieto, etc. y á uno que otro audaz revolucionario de los titulados generales como Lavalle, y Berriózabal,²⁷² González Ortega no dió una sola disposicion para conseguir el fin que deseaban Juárez y sus partidarios. Se ha dicho en Paris que el general Mendoza es el hombre de la defensa de Puebla: pudiera decirse mas bien que es el hombre de la destruccion y de los males de Puebla; mas en fin si se quieren dejar á un lado los crímenes de los llamados defensores de la patria y considerar tan solo las pocas ó muchas prendas militares que se descubrieron en cada uno de ellos, el participio mas ó ménos grande que tuvieran en la dilatada resistencia, dígase cuanto se quiera en elogio de todos, mas respecto del pretendido general Gonzalez Ortega guárdese un silencio profundo, ya que la moral pública no permite manifestar cuales fueron sus ocupaciones durante la guerra.

Llegamos al desenlace de ésta: á mi lejos de parecerme heroico se me representa sobremanera ridículo y altamente criminal. ¿Hay cosa en efecto mas propia para excitar el desprecio que ver á un general disolviendo un ejército de catorce mil hombres, despues que este ejército se defendió con valor durante dos meses, dentro de los muros de una ciudad bien fortificada? Y si aquel general se llama el héroe de Calpulalpam, el brazo fuerte de la demagogia, el que pocos dias antes escribia á D. Benito Juarez que tenia el honor de hallarse sitiado por los primeros soldados del mundo, ¿no es verdad que merece la calificación de nécio y ridículo por haber dispuesto que sus tropas rompiesen todas las armas y fueran á presentarse ante los franceses, no cual convenia á unos valientes,

²⁷² Felipe Berriózabal (1829-1900) General de División. Secretario de Gobernación y de Guerra y Marina, en desempeño de cuyo cargo falleció. Véase el disgusto de Juárez por la conducta de Berriózabal en *Epistolario*. *Ob. cit.*, p. 340.

sino tal vez como unos despreciables mendigos? ¿Quien puede afirmar con seriedad que Gonzalez Ortega ejecutaba un acto de heroismo, encerrándose con todos sus oficiales en el palacio episcopal y escribiendo al general Forey, que la plaza estaba á su disposición?

Heróico habria sido imitar el glorioso ejemplo que años atrás dió en Cuautla el benemérito Morelos: empuñar las armas con fuerte mano en lugar de romperlas cobardemente y abrirse paso por medio de las columnas francesas: una ancha huella de sangre hubiera marcado el camino de los juaristas, mas el nombre de los soldados que escapasen se pronunciaría siempre de la posteridad acerca de Gonzalez Ortega, jamas dejaría de aplaudirse su denuedo.

Se objetará que en el extremo á que se hallaba reducida la guarnicion de Puebla, era imposible que no pereciese toda si trataba de romper el cerco, y que por lo mismo en la prudencia del general sitiado estaba el rendirse á discrecion antes que derramar sin fruto una sola gota de sangre. Este raciocinio es excelente, mas si recuerda el lector que tanto Gonzalez Ortega, como Mendoza y demas reformistas habian jurado que el invasor no entraría a Puebla, sino sobre los cadáveres de sus defensores; si trae á la memoria que el Donjon era la tumba destinada a los patriotas, y que en lo que ménos se pensaba era en economizar la sangre de los mexicanos, se verá precisado á convenir conmigo en que el contraste que se notó entre la conducta del hombre de quien hablo y las promesas que habia hecho al gobierno de D. Benito Juarez, fué sobremanera bárbaro y ridículo.

Pero he dicho ademas, que Gonzalez Ortega licencian-do á su ejército y facultándolo para que destruyese el armamento y los depósitos de municiones, ha cometido un crimen. ¿Será necesario que me empeñe en probarlo, cuando, como dije antes, una muchedumbre miserable y hambiente, con las armas en la mano y llena de ciega rabia, pudo haber concluido la obra de la demagogia, cuyo imperio se inició y sostuvo con crímenes, no diese á su causa un desenlace criminal.

Es muy probable que las anteriores reflexiones, que he hecho traspassando quizá los límites de unos sencillos apuntes, sean atribuidos por algunos al espíritu de partido; mas yo veo que no ha sido otra la opinión de las gentes sensatas, y en los mismos términos han emitido su fallo no

pocos de los llamados progresistas, que reprobaron la conducta de González Ortega, y se avergonzaron de haberlo visto figurar a la cabeza del ejército de Oriente.²⁷³

Día 19.—Habiéndose concluido los trabajos que se emprendieron el día 18, para componer las calles del tránsito en dirección a la garita de México, el general Forey determinó hacer su entrada solemne en esta ciudad. En ella se aguarda con ansia tal suceso y desde temprano gran muchedumbre se dirigía al lugar por donde había de venir el general en jefe del ejército vencedor. Después de las once de la mañana el general Forey se presentó acompañado de una brillante comitiva, compuesta de los generales, estados mayores y jefes de servicio, así como de una columna que llevaba el orden siguiente: un pelotón de gendarmes y dos del primer regimiento de marcha de cazadores de África, que iban á la vanguardia de dicha comitiva, y á retaguardia el escuadrón de escolta del 50. de Húsares, el 18 batallón de cazadores de á pié, un batallón del 10. de Zuavos, dos del 81 de línea, el 62 de línea y dos pelotones del primer regimiento de marcha de cazadores de África. Poco tiempo ántes se habían izado los pabellones mexicano y frances, el primero en la torre del Norte de la Catedral, y el segundo en la del Sur, y tan solemne, tan significativo acto, fue celebrado con veintiun cañonazos que disparó el fuerte de Loreto.

Pasando en seguida por entre aquel inmenso concurso que prorrumpió en ardientes victorias y lanzaba al viento millares de cohetes, el Sr. Forey se encaminó á la Santa Iglesia Catedral, en cuyo atrio le esperaba el Venerable cabildo para introducirlo al templo, que se hallaba lujosamente adornado á dar gracias al Todopoderoso por la feliz conclusión de la guerra. Un repique general á vuelo y las salvas de artillería llenaban los aires entusiasmando mas y mas á la multitud que se precipitó al templo, ya atraída por la curiosidad, ya por la devoción, ó por ambos sentimientos. Tan luego como el Sr. gobernador de la mitra

²⁷³ Véase *El Sitio de Puebla*, por Luis Chávez Orozco, Biblioteca de Historia Militar Mexicana, 3a. edición, México, 1942, 92 pp. Francisco P. Troncoso, *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863*. México, 1909. Jesús González Ortega, *Parte general que da al Supremo Gobierno de la Nación respecto a la defensa de la plaza de Zaragoza*. México, 1871. (Edición reciente de la Comisión Nacional para las Conmemoraciones Cívicas de 1963. México, 1963.)

entonó el sublime Te-Deum, un raudal de dulces armonías llenó las anchas naves de la Iglesia y todos los corazones se conmovieron profundamente; mas lo verdaderamente tierno, y que causó inexplicables emociones fue escuchar á aquellos guerreros, tan rudos en el combate, cantar la magnífica plegaria elevada al cielo para que guarde y proteja al Emperador, y ver rendidas las armas de aquellos valientes ante la magestad divina! . . .

Concluida esta augusta ceremonia, la comitiva salió del templo y entre las mismas demostraciones de regocijo que habia recibido hasta allí, el general Forey vió desfilar á sus tropas, en columna de honor y se retiró al palacio destinado para alojarlo.

EPILOGO

He dado término á la reseña que me propuse hacer de los principales acontecimientos de que fué teatro la ciudad de Puebla, durante el terrible asedio que le impusieron las tropas franco-mexicanas. Mis lectores podrán recordar que al principio de estos apuntes manifesté con sinceridad mi falta de luces y experiencia para dar á los sucesos toda la importancia que en si mismos tuvieron y el desarrollo que parecia exigir un plan tan vasto. Este se halla reservado, como dije entonces, para las elevadas inteligencias de aquellas personas que, deseando contribuir á la honra de México, escriban una historia de cuyas páginas sacará nuestro pueblo saludables lecciones. Yo no he hecho mas que consagrar mis pobres esfuerzos á un trabajo que acaso podrá ser útil á los que no se desdeñen de fijar en él sus miradas.

No desconozco que algunos me habrán calificado de atrevido, otros de parcial y quizá de calumniador. Dos consideraciones respetables atenuarán el rigor de los primeros, si es que no llegan á merecer una completa indulgencia: la de que al escribir mi obrilla no tuve la presuncion de colocarme entre los hombres que componen la república de las letras; y la de que mi objeto es de no poco interer para mi patria: de manera que si no he conseguido llenarlo debidamente, me queda al menos el consuelo de haber estimulado á los verdaderos talentos, para que ayu-

den con sus obras á la mas justa de las causas. En cuanto á los segundos, bastará recordarles que la verdad de los hechos que he referido cuenta en su apoyo con pruebas irrecusables: documentos existen, y el público conoce ya una parte de ellos, que acreditan la exactitud de mis diarias observaciones.

Hallandome dentro de esta plaza durante el sitio, no perdoné medio para inquirir la realidad de cuanto en ella pasaba, apartándome cuidadosamente de las consejas del vulgo: millares de testigos presenciaron las cosas que yo refiero y de los papeles de los mismos juaristas se desprenden importantes revelaciones. Respecto de los acontecimientos que tuvieron lugar entre los sitiadores, el asunto me ofrecia mas graves dificultades: creo que las he vencido, apelando a los documentos oficiales que han podido llegar á mis manos, y al testimonio de personas sensatas que asistieron á los movimientos del ejército franco mexicano.

Ahora bien ¿deberá recaer sobre mí la nota de parcial, porque dando á las acciones de los franceses y de los orteguistas la calificacion que en justicia merecen, resulta que las de estos últimos son en su mayor parte ridículos ó criminales? No es ciertamente culpa mia que los extranjeros hayan venido á dar á nuestros llamados patriotas, lecciones de moralidad, de disciplina y de valor: ni lo es tampoco que así en el fin que unos y otros se proponian en la temible lucha, como en los medios de que se valieron para llevarla á cabo, se vea tan notable diferencia.

Prescindiendo del afecto que deben tener los buenos mexicanos hacia unos hombres que han venido á salvar á nuestra patria del abismo en que la hundieron los demagogos, y esceptuando una que otra hazaña personal acabada con gloria por este ó aquel soldado del ejército de Oriente, cualquiera que juzgue sin pasion hallará estenso campo a la mas severa crítica. Verá desde luego que en Puebla se encerró la tropa ménos mala con que contaba el gobierno de D. Benito Juárez, dejando que por fuera expedicionasen las gentes de Comonfort, quienes de soldados solo tenian el nombre, y á buen seguro que la apreciacion de esta torpeza pueda llamarse injusta. Verá que uno de los puntos mas importantes para la defensa, el cerro de San Juan, fué abandonado por los juaristas y que los franceses, apoderándose de él, establecieron allí ven-

tajosamente el centro de sus operaciones; y esta medida, no menos torpe que la anterior, se juzgará también indigna del talento militar, por mediano que se le suponga. Verá que los llamados patriotas asolaban y destruían las casas, despues de robar y maltratar á sus habitantes, con el objeto de fortificar las manzanas y oponer á los sitiadores mas fuerte resistencia; y este bárbaro sistema que podria tolerarse en una guerra verdaderamente nacional, será siempre tenido como un crimen tratándose del sostenimiento de un partido, cuyos excesos reprobaba la nacion entera. Verá incendiar y arrasar los templos, entrar á saco las habitaciones de las pobres familias para arrebatarles sus alimentos, poner á la espectacion pública los cadáveres; y por último despues de tantos desórdenes, verá al gefe mas inepto, ya perdida toda esperanza de salvación, entregarse en manos de sus vencedores de la manera mas ridícula, no sin haber dado antes un escándalo que pudo haber acarreado á Puebla funestísimas consecuencias. El autor que tales cosas ha censurado, aunque de paso, para no salir de los límites de sus apuntes, cree que lejos de ser calumniador, se ha quedado muy atrás en la calificacion de los hechos de la demagogia, y que contraponiendo la torpe conducta de los partidarios de ésta á la que han observado los franceses, no es digno de que se le llame parcial. Parciales son en este caso todos los hombres que aman verdaderamente á México, todos los pueblos que, cansados del tiránico yugo que á su pesar han sufrido de una atrevida é insolente minoría, al ver el digno comportamiento de aquellos á quienes se llaman fieros conquistadores, los aguardan con ansia y los reciben llenos de entusiasmo.

Vergüenza deben causarnos las multiplicadas aberraciones que han cometido los corifeos de la reforma, en mala hora llamados mexicanos. Mas á pesar de los esfuerzos que hacen por estorbar el restablecimiento de la paz, del orden y de la verdadera libertad en este suelo, digno por mil títulos de un glorioso porvenir, la nacion toda que no ha apartado su vista de las escenas que pasaron en Puebla y de las que despues se han ido sucediendo, conoce al fin que sus intereses distan mucho de hallarse ligados con los de la faccion que por un sarcasmo se apellidó progresista. Dije la nacion toda y me equivoqué: el mundo entero, cuya atencion ha llamado la intervencion francesa en México,

acaba de comprender lo que son entre nosotros los liberales, dignamente representados por D. Jesús Gonzalez Ortega, que despues de haberse constituido prisionero bajo su palabra de honor y recibiendo grandes é inmerecidas consideraciones, al ser llevado á Francia se fugó como un miserable bandido. ¿Cabe mayor degradacion en un general en gefe?

Réstame tan solo para concluir hacer una ligera reflexión. Dícese que los juaristas se cubrieron de gloria prolongando la defensa de esta plaza por el espacio de dos meses. Hay ciertos laureles que son de muy facil consecucion y de ninguna estima, porque no se deben ni al esfuerzo, ni al valor, ni al talento; débense únicamente á circunstancias que pueden ser favorables aun á los hombres mas incapaces, Gonzales Ortega y los demas gefes del ejército de Oriente se hallaban en este caso; y es bien seguro que si el Sr. Forey, por razones sin duda poderosas que no me atrevo á calificar, no hubiera empleado con ellos la táctica de que todos fuimos testigos, la cuestion de Puebla habriase desenlazado en un corto término, y nadie se ocuparia hoy de sus defensores, en sentir de algunas personas de elevado criterio.

Como quiera que sea, herida de muerte la demagogia y perdidos aquí sus principales elementos, quedaba allanado el camino para que la Francia marchase á realizar el gran pensamiento que envolvía la felicidad de México; y nada mas justo que recompensar los afanes del Sr. Forey con el baston de Mariscal, como lo ha hecho el magnánimo Emperador de los franceses, quien ha premiado ademas el heroismo de otros bravos campeones del ejército expedicionario.

Introducción, pp. 5 a 13; marzo, pp. 14 a 16 y 51 a 55; mes de abril, 95 a 97; mes de mayo, 113 a 120 y 125 a 128. (Epílogo), 131 a 135.